

EL 18 DE JULIO DE 1936 EN MATARÓ

Fragment del capítol XVIII del llibre inèdit
"La vida ejemplar y la muerte heroica de
Juan Peiró Belis"

La sublevación del 18 de julio. Cómo Peiró corrió el riesgo de ser fusilado por sus propios compañeros. *Llibertat*, un diario de pueblo conoce la celebridad gracias a Juan Peiró.

(...) La conjura para asesinar la República, que el pueblo se había dado, estaba en marcha.

Los hombres de izquierda, o solamente liberales y demócratas, porque barruntaban el precio que al alzamiento militar iba a costar en lágrimas y sangre. La hora era gravísima y por doquier del territorio nacional, los hombres más representativos políticos y sindicales se iban concentrando en sus respectivos partidos y organizaciones sindicales, manteniendo estrecho contacto con las autoridades locales para paliar todo intento insurreccional, particularmente en las ciudades de guarnición militar. Todos los rencores políticos; todas las divergencias tácticas y doctrinales fueron marginadas; el peligro común estrechaba los lazos sociológicos. La ambigua actitud del regimiento de artillería, de guarnición en Mataró, hacía pesar una sorda inquietud. Todas las medidas habían sido tomadas para prevenir y evitar una eventual salida. Fusiles y pistolas, en lugar seguro desde el 6 de octubre de 1934, salieron de sus sudarios, pringando de aceite y prestos a hacer fuego. La oficialidad del regimiento estaba comprometida con la rebelión, pero conocía la potencia de la organización y el valor físico de la militancia antifascista de Mataró.

Dudando del éxito de su empresa subversiva, optaron por emplear la felonía para llegar a sus fines. En el curso de la noche del 18 de julio, el coronel, Comandante Militar de la Plaza, pidió una entrevista con las autoridades civiles de la localidad. Recibidos por el Alcalde, Sr. Cruixent, rodeado de las representaciones políticas y sindicales, los militares presididos por el Coronel, manifestaron su fidelidad a la República, asegurando a los presentes que su Regimiento no se sublevaría, y que las autoridades podían contar con su ayuda para defender la legitimidad republicana, ardid que utilizaron los militares en las ciudades donde el resultado de su rebelión aparecía como incierto. Pero en Mataró,

como en otras ciudades de España, la aparente sinceridad del Comandante Militar de la Plaza, no parecía ofrecer ninguna duda; la tradicional y castrense palabra de honor, siempre ejerció un singular influjo sobre los ciudadanos, cuando era pronunciada por un militar.

Pero en julio de 1936, la palabra de honor perdió toda su credibilidad. Partiendo de este principio y dados los antecedentes de caballería del coronel de la guarnición, su palabra de «honor» no fue puesta en duda, y a propuesta del Sr. Cruixent, Alcalde de la Ciudad, se decidió levantar la sesión para tomar un poco de reposo, estimando que bastaba con la promesa de fidelidad de la oficialidad del regimiento. Se había neutralizado el peligro más inminente, y por las mismas causas el dispositivo desplegado en torno del cuartel, fue reducido al mínimo.

Pero las manifestaciones de lealtad, la palabra de honor del Comandante Militar de la Plaza, no eran más que los infames peones de una mala jugada, de una alevosa traición, y la triquiñuela tuvo el éxito previsto por los oficiales felones. A las cinco de la mañana, la Ciudad era tomada militarmente. Los ciudadanos fueron arrancados de sus camas por el toque de corneta que les anunciaba la declaración del Estado de Guerra. Su sorpresa fue tan grande como su indignación, al ver el pelotón de soldados, bayoneta al cañón y casco de acero en la cabeza, proclamando la Ley Marcial leída por un oficial. La Casa Consistorial, Teléfonos y Telégrafos, la central eléctrica y demás edificios oficiales y neurálgicos, fueron ocupados militarmente.

A pesar de la hora matinal, pronto la calle estuvo llena de gente que pasionalmente comentaba los acontecimientos. La sorpresa de ver el ejército dueño de la ciudad, era la causa de un visible desconcierto. Era un domingo por la mañana, pero los trabajadores españoles y singularmente los catalanes sabían por puro empirismo, que en semejantes casos la huelga general sería decretada el lunes por las organizaciones sindicales. Advertidos inmediatamente de la situación, dirigentes y militantes responsables que por su significación corrían peligro inmediato de detención, salieron de sus domicilios y en los alrededores de Mataró se reunieron para organizar la defensa, y como era de esperar, la huelga general fue proclamada para la mañana siguiente, lunes.

Los soldados del 7º de Artillería ocuparon la parte más céntrica de la ciudad. Un cordón de soldados se escalonaba desde el Parque hasta el cine Clavé haciendo frente sin convicción al pueblo que los abucheaba, los pobres reclutas estaban tan sorprendidos como los propios obreros de encontrarse frente a frente.

Era evidente que habían salido engañados del cuartel y que se estaban dando cuenta de ello. Frente a un pueblo que con tanta convicción lanzaba sus gritos de viva la República, los soldados perdían pie. Sus oficiales les habían asegurado que la República estaba en peligro y que el ejército salía a defenderla contra la chusma, y una vez en la calle se encontraban con un pueblo que gritaba su adhesión al régimen republicano. Sus dudas eran visibles y la oficialidad que las

leía en sus ojos dejaba filtrar su odio por aquel pueblo que les desafiaba. No estaban seguros del comportamiento de la tropa y no se atrevían a ordenar la represión temiendo ser desobedecidos.

Si las noticias de la sublevación les hubiesen sido más favorables, sin duda el comportamiento de los oficiales felones hubiera sido otro; su actitud menos pasiva; pero los ecos que les llegaban de Barcelona eran desastrosos para ellos. El «pronunciamiento» había fracasado en la Ciudad Condal. Los hombres de la C.N.T. y de la F.A.I. sobre todo, se habían heroicamente y a la caída de la tarde ninguna duda era ya posible; la rebelión estaba virtualmente vencida. El nerviosismo demostrado por los oficiales evidenciaba que estaban al corriente de la tragedia que les cernía, mermando de minuto a minuto sus esperanzas. Ya no era un secreto para nadie, los soldados que ocupaban Teléfonos y Telégrafos iban descubriendo el miserable engaño de que habían sido víctimas. Como transmitidas por el teléfono árabe, las noticias iban de boca en boca con asombrosa rapidez; el presunto desfile militar se iba transformando en una catastrófica derrota.

Alentados por el pueblo, soberbio de coraje, los soldados empezaban a desertar; hombres de izquierda la mayoría de ellos, y conscientes de que habían sido engañados, aceptaban las prendas de paisano que se les ofrecían y desertaban, engrosando con su fusil la resistencia que se organizaba; las mujeres, sobre todo, demostraron una extraordinaria y determinada combatividad. Hostilizando verbalmente la tropa y la oficialidad cada vez más nerviosa y desamparada, aquellas mujeres clamaban su fe en la victoria del pueblo. Sus filas se iban clareando a medida que las horas pasaban; solo los miedosos e indecisos seguían obedeciendo las órdenes de una oficialidad que veía acercarse el espectro de la derrota; habían perdido la partida y de ello no les podía caber la menor duda.

El tiro de gracia les fué asentado por el General Goded, alma de la sublevación en Cataluña. Hecho prisionero por los militantes de la C.N.T., desde la Comandancia Militar anunciaba su rendición, así como la de las tropas bajo su mando. A partir de ese momento histórico, toda ilusión era bana para los sublevados de Mataró. Los acontecimientos se iban precipitando y la creciente euforia de aquella masa de ciudadanos que les acosaba, llevaba ralentes de muerte. Desmoralizada la oficialidad, ordenó por fin a la tropa, replegarse hacia el cuartel.

La Guardia Civil, que hasta entonces se había mantenido a la expectativa, les dió la puntilla saliendo de los cuarteles vitoreando a la República y tomando posición de combate contra ellos, actitud que precipitó su derrota, obligando al Comandante de la Plaza y a su plana mayor a rendirse sin condiciones. Inmediatamente los militantes confederales asaltaron el cuartel apoderándose de las armas, y apresando a la oficialidad. La euforia era general, gente que apenas se conocía se abrazaban en plena calle, los ojos llenos de lágrimas.

Los primeros automóviles con las históricas y famosas siglas C.N.T.-F.A.I. empezaron a circular por doquier. El Comité de Salud Pública saltó de la sombra,

apoderándose de la administración política de la ciudad e instalándose en los locales del Centro Católico que se convirtieron en la Casa Confederada. En el patio reinaba una confusión indescriptible; todo el mundo pedía armas; los fusiles y las pistolas pasaban de mano en mano. Muchos de aquellos hombres empuñaban un fusil por primera vez en su vida. Los tiros se escapaban por doquier, siendo por un verdadero milagro que los accidentes no se multiplicasen; salir ileso de aquel patio sumergido por la fiebre guerrera de aquellos inexpertos combatientes, era la obra de un caprichoso azar.

Los coches llevando un colchón sobre el techo para evitar los tiros de los «pacos» emboscados eran cada vez más numerosos; de Vilassar, Llavaneres, Argentona y Arenys, y demás pueblos limítrofes, los militantes confederales llegaban por grupos para informarse y ponerse a las órdenes de los Comités; otros formando una columna habían tomado la dirección de Barcelona. Las Iglesias y Conventos que habían servido de antros de conspiración y almacén de armas para los conjurados, cuando no de fortines de resistencia, fueron ocupados por los milicianos. La Cárcel fué abierta y los presos liberados.

A pesar de una aparente confusión, el sentido de organización fué extraordinario. El capitán Medrano vino a tomar posesión de los cañones del 7º Regimiento de Artillería, formando la primera columna de voluntarios que tomó la dirección del frente de Aragón; días más tarde, la columna «Malatesta», integrada por militantes confederales de todo el Maresme, salía de Mataró para tomar posición en Almonacid de la Cuba, frente a Belchite.

Un Comité Antifascista fué nombrado con representantes de todos los partidos políticos y organizaciones sindicales. Juan Peiró, en nombre de la C.N.T. pasó a formar parte de dicho organismo que tomó en sus manos el poder político y administrativo de la Ciudad. Para hacer frente a la euforia revolucionaria que algunos confundían con insania criminal, eran necesarios hombres de un temple y una solvencia excepcional. Los hechos luctuosos ocurridos en poblaciones donde no había hombres con la suficiente autoridad moral para oponerse a los arbitrarios atropellos, pudieron ser evitados en Mataró. Los actos de verdadera criminalidad operados al soslayo de aquellas jornadas de apasionado sectarismo, fueron raros y severamente reprimidos.

La situación normalizada, Juan Peiró se trasladó a Barcelona con el fin de entrar en contacto con el Comité Regional de Cataluña. Las carreteras eran un peligro y cada pueblo, un mundo aparte; vivían una autarquía revolucionaria sin ninguna conexión; todo viaje constituía una aventura, y los que lo emprendían arriesgaban el ser víctimas de la confusión y de la arbitrariedad, como le ocurrió a Juan Peiró; confusión que le pudo costar la vida.

Cada pueblo era un control. La carretera llena de controles, muchas veces ocupados por gente iletrada, con la retina llena de fantasmas y de fascistas camuflados. Cuando Peiró y los que le acompañaban llegaron al control de Sant

Adriá del Besós, fueron interpelados por un grupo de milicianos que les pidieron la documentación. Al miliciano al que le fué presentada, y que seguramente no había pisado un aula de escuela en toda su vida, empezó a mirarla y que con los salvoconductos que tenía en las manos, garantizaban la personalidad de Juan Peiró y demás ocupantes del coche, pero fiándose más de su olfato revolucionario que de la documentación que tenía en sus manos, les mandó bajar del coche y los detuvo.

Haciendo honor a la verdad, es evidente que si a Peiró le hubiesen puesto una sotana, toda confusión con un eclesiástico de pueblo era posible. De mediana estatura, regordete, redondo de cara, con una calvicie natural que más parecía tonsura, su presencia posibilitaba el error, en aquellos días en que todo hombre de su apariencia era un cura que huía. El nerviosismo ayudando, provocó una acalorada discusión que se envenenó de tal manera que, aquellos compañeretes del control de Sant Adriá de Besós, que por lo visto no habían peinado canas al servicio de la organización -de lo contrario habrían reconocido a Peiró- sin encomendarse a Dios ni al Diablo, decidieron de «motu proprio», fusilarlos sin consultar a nadie ¡por que sí!, por una mera sospecha.

Afortunadamente, uno de los presentes, menos nervioso y más responsable que sus compañeros presumiendo que iban a cometer un desaguisado, telefonó al Comité de Salud Pública de la localidad, informándoles de lo que estaba ocurriendo en el control de la carretera. A pesar de sus vigorosas protestas, Peiró y sus amigos habían sido empujados contra un muro donde seguramente hubiesen dejado sus vidas sin la oportuna llegada del compañero Ruano, un viejo militante confederal que, alarmado por la llamada telefónica había bajado al control para ver lo que allí pasaba.

Al ver a Peiró de «cara a la pared», al que conocía de tantos años de militancia conjunta en Badalona, Ruano se hechó las manos a la cabeza, estallando en una serie de improperios que el menor dejaba a mal la reputación de la madre de aquellos imbéciles que jubaban a revolucionarios. El escándalo fué garrafal; de antología la bronca que se llevaron aquellos demasiado celosos muchachos que eran un peligro mortal para todo aquel que, con una calvicie como la de Juan Peiró, se arriesgaba a pasar por el control de carretera de Sant Adriá de Besós, incidente que nos demuestra que la seguridad personal de los individuos, estaba a merced de no importa qué elemento que poseyera un arma. En aquel clima de orgía revolucionaria, los recelos y las suposiciones eran moneda corriente, y los peores atropellos al alcance de toda persona malintencionada o imbécil. Felizmente para el renombre revolucionario del pueblo español, esta inseguridad colectiva fué solamente obra de algunos días; los Comités Locales y las autoridades municipales fueron tomando la situación en sus manos, y la iniciativa individual severamente reprimida.

La labor revolucionaria de Juan Peiró en aquellas jornadas de incontrolable euforia, fué abrumadora y puso de relieve su faceta humanitaria. El vidriero

mataronés, que era un revolucionario nato y generoso, no podía tolerar la injusticia imperante, ni los numerosos e injustos atentados contra la personalidad humana; hombre justo y ponderado, Juan Peiró era constantemente solicitado para intervenir en defensa de los injustamente maltratados. Son legión los inocentes que le deben la vida. La existencia de un ser humano, en uno y otro bando, por aquellas jornadas estivales, valía muy poco; las ejecuciones sumarias y extrarevolucionarias, por envidias, odios y rencillas personales, eran corrientes al soslayo del momento revolucionario.

Pero un hombre como Juan Peiró que había arriesgado vida, familia y todo lo que había por arriesgar, tras una existencia sacrificada en defensa de la dignidad y el derecho de los hombres, no podía tolerar de ninguna de las maneras, que una banda de maleantes con carnet, adulterasen el sagrado concepto que él tenía de la revolución y de los revolucionarios. Fiel a sí mismo y a sus ideas de redención humana, que desde tantos años venía defendiendo, Peiró se batió contra tirios y troyanos para imponer el respeto que se merecía su ideal revolucionario. La modélica campaña de prensa que brotó de su pluma en aquellos días de pasional convulsión ideológica y de completa impunidad jurídica, fué un verdadero monumento de consecuencia cívica y revolucionaria; un alto gesto de valor físico que arrancó del fango un ideal humano y social, que el sectarismo, la irresponsabilidad y el instinto criminal de algunos, hundían en la ignominia.

Por su verbo, por lo sensacional de sus escritos, el diario *Llibertat* de Mataró, de simple hoja de pueblo se convirtió en un vocero de dimensión nacional e internacional. La gente de todos los matices y tendencias se lo arrancaban para leer los artículos de Juan Peiró; los ciudadanos que vivían temblando buscaban a través de sus líneas un motivo de esperanza, un rayo de sol que anunciase el fin de la horrenda tempestad revolucionaria. Los otros, los que por abusar de una situación de fuerza y eran fustigados por la prosa del incorruptible luchador confederal, denunciando sus excesos y desmanes, que nada tenían de común con el momento revolucionario, para encontrar motivos para hacerlo callar, por la fuerza si necesario fuere.

Pero esos fariseos no conocían a Peiró; moralmente cortado de una sola pieza; con un historial revolucionario tan límpido como lo era su intachable conducta moral, sin una grieta por donde poder ser atacado por los revolucionarios de ocasión. El propio Dionisios Eroles, ocasional Jefe Superior de Policía de Barcelona y militante de la C.N.T. por añadidura, intentó persuadirle primero, para amenazarle después con todos los fuegos del Averno, si no cesaba su campaña periodística. No obstante, Eroles, militante del ramo del vidrio, como Peiró, y su guarda espaldas, cuando su vida estaba amenazada durante el negro reinado de Martínez Anido y Arlegui, lo conocía lo suficiente para saber que ninguna amenaza, viniera de donde viniese, lo podía detener en el camino que se había trazado.

En una sola y lapidaria frase, Peiró resumía toda la esencia de su ideal, al escribir en uno de sus famosos escritos:

«Si la revolución consistiera en robar y matar, los ladrones y asesinos serían los más grandes revolucionarios. Justamente, pero, es todo lo contrario. Los más grandes revolucionarios, de los cuales la historia se complace en hablar, son los que más lejos se encuentran de todo derrame de sangre y de la amoralidad de las expropiaciones por el provecho personal. Yo no he negado nunca, que las revoluciones comparten, como un hecho fatal e ineludible, el derrame de sangre; por el contrario, he reconocido siempre que las revoluciones son tanto más profundas cuanto más grande es el derrame de sangre; las revoluciones que se han querido operar sin derramar sangre, no han sido revoluciones, han sido ridículos simulacros como el que se operó en España el 14 de abril de 1931....

« ...Cuando los pueblos caen en la bestialidad que fatalmente determina el desprecio de la vida humana, son pueblos que pierden por mucho tiempo el sentimiento de la espiritualidad y de la propia dignidad. Ya no son pueblos que piensan en lo que de más grande puede tener la libertad, solamente piensan en la violencia; y no hay ningún pueblo que viva dignamente, en cualquiera de los aspectos de la vida social, si no tiene otro medio ni otro fin que la violencia.

« ...En Cataluña, en España se ha caído en esa bestialidad. Las vidas humanas han sido inmoladas de la misma manera que en la selva son inmoladas las vidas de los animales impotentes. Aquí, durante demasiado tiempo no ha habido más ley, que la ley del más fuerte. Los hombres han matado porqué sí; por matar, porqué alguien podía matar con impunidad, y en medio de esa tempestad; los hombres han sido asesinados, no por ser fascistas, ni enemigos del pueblo, ni enemigos de nuestra revolución, ni nada que se le parezca; lo han sido caprichosamente, para satisfacción de los que querían verlos morir, y muchos de los inmolados ahora mismo, han caído por tener resentimientos y cuentas pendientes con el que ha querido liquidarles en estas circunstancias de revuelta e impunidad».

¿Qué podríamos añadir a esa explosión de humanismo? ¡Nada!, era la reacción natural de un hombre que había sacrificado toda su vida a un anhelo de justicia social y que al verla cristalizarse ante sus ojos, no toleraba que nadie viniese a alterar la pureza y el blanco armiño de una revolución noble, humana y con la cual había soñado tantas veces entre los cuatro muros de una celda; que le importaba que su porfía en defenderla le ocasionase sendos disgustos; que su propia vida se viera amenazada. Desde muchos años sabía que los censores como él estorban a los individuos que hacen la revolución por cuenta propia; que su campaña moralizadora, rezumando ética, era un obstáculo para las ambiciones de los bellacos cubiertos de un falso oropel revolucionario.

Pero qué importaban todas esas miserias humanas, lo principal era de continuar su camino, el camino que se había trazado y del cual nadie lo haría bifurcar, y los que creían lo contrario, tenían de Peiró un juicio erróneo, pues los

que lo conocían sabían que era inútil intentar hacerle cambiar de ruta; que el hombre que no se había doblegado ante las pistolas de los mercenarios de Martínez Anido y Arlegui, no cedería jamás ante las amenazas de unos simples maleantes disfrazados de revolucionarios.

No lo lograron, y la voz de Juan Peiró siguió exigiendo respeto para la integridad de la vida humana, y blandiendo su pluma como un látigo y una antorcha contra los oportunistas de la Revolución.

Josep Peiró Olives



Fotografía de Joan Peiró Belis.

**LA VIDA EJEMPLAR Y
LA MUERTE HEROICA
DE
JUAN PEIRÓ
BELIS
POR JOSÉ PEIRÓ**

Portada de l'original del llibre de Josep Peiró Olives.